

## EL RESULTADO DE LA ACTITUD CIENTIFICA EN PASCAL \*

Deseo plantear en este breve trabajo y, sobre todo, analizar en la medida de lo posible, una situación típicamente existencial que me parece ver en los *Pensamientos*. Creo que es una situación sobrecogedora, vivida dramáticamente por Pascal, pero no exclusivamente por él; en efecto, se me ocurre que es la experiencia propia de todos aquellos que no encuentran en el orden natural nada más digno, más importante y perfecto que la razón, y que, sin embargo, no pueden sustrerse a los requerimientos no-rationales de lo sobrenatural. Para aclarar aún más la situación aludida, diría que ella se encuentra también en Voltaire y en Laplace; pero éstos, una vez establecida la disyunción *razón o fe*, eligen decididamente el primer término y relegan el segundo a la mera categoría de superstición o, en el mejor de los casos, lo consideran una respuesta precientífica a los enigmas de la realidad. Con Pascal las cosas suceden de manera muy distinta: planteada la disyunción, ninguno de los dos términos es eliminado definitivamente, sino que, por el contrario, se afirma la sustantividad propia de cada uno, su importancia y su dignidad; la cuestión habrá de consistir en la exigencia espiritual de encontrar entre ellos una armonía y un ordenamiento jerárquico.

Alguien podría pensar que esta experiencia y su consiguiente solución, a la manera pascaliana, es común a todos los deístas: se la encontraría, en efecto, en Kant y también en Jaspers. Creo, sin embargo, que Pascal difiere de éstos porque el nombre que le da a lo sagrado tiene connotaciones personales, concretas, históricas; tal nom-

---

\* Este trabajo fue presentado —en versión francesa realizada por la Prof. América S. de Parpagnoli— al "II. Internationaler Leibniz-Kongress" que tuvo lugar en Hannover durante el mes de julio de 1972. Mereció la aprobación del comité respectivo.

bre es *Jesucristo*. Esta actitud forma parte de lo que Guardini llama genéricamente "el drama de la conciencia cristiana". Trataré de ver, pues, algunos de los aspectos que, de acuerdo con los *Pensamientos*, plantea la experiencia pascaliana acerca de la persona de Jesucristo.

Es muy conocida, aunque no por ello deja de ser insondable, la doctrina antropológica de Pascal, fuertemente trasvasada por hábitos cartesianos; muchos son los textos en que esta doctrina aparece, de modo tal que elegiré uno de los más categóricos:

557. "La concupiscencia ha venido a sernos connatural, y se ha hecho nuestra segunda naturaleza. Así, hay dos naturalezas en nosotros: la una, buena; la otra, mala" <sup>1</sup>.

¿Por qué la concupiscencia ha venido a sernos connatural? Justamente porque todos los hombres, con excepción del Verbo Encarnado y de la Virgen María, participan histórica y ontológicamente del pecado original; 483. (...) "Vosotros no estáis en el estado de vuestra creación" Pascal, a lo largo de los *Pensamientos*, analiza las posibles causas de la naturaleza corrompida; o, dicho de manera quizás más precisa, trata de bucear, filosófica y teológicamente, en el hondo misterio del pecado original para ver cuál es su esencia y cuáles sus consecuencias. El pecado original consiste en supeditar la razón a la arbitrariedad de la imaginación, en la guerra y desarmonía entre el intelecto y los sentidos, en el sacrificio de los fines últimos en aras de una exclusiva atención a los medios, en el amor propio y en el orgullo, en el espíritu de vanidad, en el tedio y en la inquietud, en la falta de reflexión sobre la propia debilidad, en la sujeción del hombre a las criaturas... Pero todas estas características de la naturaleza corrompida se sintetizan en el hecho de que la razón no gobierna hegemoníamente la existencia humana:

422. "*Naturaleza corrompida*. El hombre no obra nada por la razón, que constituye su esencia".

Tal visión de la concupiscencia, de la que Pascal parece haber tenido una intelección privilegiada, lo lleva a estampar ciertas fra-

---

<sup>1</sup> La numeración de los pensamientos citados es la que propone Jacques Chevalier, en su edición de las *Oeuvres Complètes* de Pascal, Bibliothèque de la Pléiade, N.R.F., París, 1969. Se ha seguido, aunque no siempre, la traducción al castellano que Domínguez Berrueta realizara para la editorial Aguilar. Hay una reciente y muy buena versión castellana de los *Pensamientos*, con abundantes notas y comentarios, hecha por Oscar Andrieu para el Fondo Nacional de las Artes, y que editó Sudamericana en 1971; Andrieu prefiere seguir el orden propuesto por León Brunschvicg en su edición de los *Pensées*, Hachette, París, 1912 y 1946.

ses breves en las que se condensa el más categórico rechazo del hombre aún no rescatado por la gracia:

207. (...) “¡Qué hueco y lleno de suciedad es el corazón del hombre!”.

136. “El yo es detestable...”

Lo que podría decirse acerca de la teoría del pecado original en Pascal es inacabable; inacabable también, y harto interesante, sería detenerse en una crítica de sus ideas desde los puntos de vista de la teología y de la antropología. Pero me interesa aquí algo diferente: ver qué es esa otra naturaleza no corrompida por el pecado o, en todo caso, una vez ocurrido éste, dignificada luego por la redención. Si el hombre, al decir de Pascal, es un *figmentum malum*, no por ello deja de tener una grandeza implícita que aparece como condición necesaria para el advenimiento de la gracia; tal condición no es otra que la racionalidad humana:

257. “El pensamiento hace la grandeza del hombre”.

263. “Toda la dignidad del hombre consiste en el pensamiento”.

Pero, ¿por qué es tan importante, en Pascal, la razón? Porque ésta descubre la propia miseria, porque por ella se conoce la historia del hombre que es fundamentalmente una *historia de la salvación*, vale decir, de la caída y del rescate. Frente a los poderes cósmicos de la naturaleza, el hombre puede parecer un ser débil e indefenso; incluso, las realidades más cotidianas, familiares y pequeñas pueden provocar su muerte. No obstante, entre todos los fenómenos de disolución y de cambio, y esto es propiamente específico del ser contingente, el hombre aparece en una situación privilegiada en la medida que puede ser consciente de su debilidad y de su permanente e irrefrenable declinación. Tiene la fragilidad de las cañas, de los juncos quejumbrosos que crecen a la vera del río de Heráclito; pero como es un junco pensante, de algún modo puede sustraerse, mediante la razón, al devenir. Y sustraerse al devenir significa ya comenzar a dominarlo:

264. “El hombre es una caña, la más débil de la naturaleza; pero es una caña pensante. No es menester que el universo entero se arme para aplastarlo: un vapor, una gota de agua, es suficiente para matarlo. Pero aun cuando el universo lo aplastase, el hombre sería todavía más noble que el

que mata, porque sabe que muere, y porque conoce la ventaja que el universo tiene sobre él; el universo no sabe nada.

Toda nuestra dignidad consiste, por lo tanto, en el pensamiento. A partir de éste es menester realzarnos, y no del espacio ni del tiempo, que no podríamos llenar. Trabajemos, pues, en pensar bien: he ahí el principio de la moral”.

El símbolo de la *caña pensante*, en que Pascal ve la esencia humana, me ha parecido siempre no sólo acertado, sino directamente vinculado con una de las admiraciones (!) de Jesús: me refiero a la que siente por Juan el Bautista. Pregunta Jesús a la muchedumbre: “¿Qué habéis ido a ver en el desierto? ¿Acaso una caña agitada por el viento?”. Y agrega más adelante: “En verdad os digo que entre los nacidos de mujer no ha aparecido uno más grande que Juan el Bautista”. Supongamos, por un momento, que en el Pensamiento 264, Pascal, consciente o inconscientemente, rememorara estos textos evangélicos, ¿no significaría ello que todo hombre es como Juan el Bautista, débil como una caña, pero también fuerte porque por medio de la razón puede preparar su espíritu para el advenimiento de la gracia?

Queda claro, pues, que el hombre a pesar del pecado original tiene una dimensión de grandeza que ninguna otra criatura posee: el pensamiento. Este constituye, por lo tanto, el *metaxú* que permite al hombre elevarse desde la naturaleza puramente cósmica o animal, hasta Dios.

El Pensamiento 438 resume muy bien la compleja doctrina antropológica de Pascal; destaco sólo algunos párrafos:

438. (...) “¿Qué quimera es, por consiguiente, la del hombre? ¡Qué novedad, qué monstruo, qué caos, qué objeto de contradicción, qué prodigio! Juez de todas las cosas, imbécil gusano de la tierra, depositario de la verdad, cloaca de incertidumbre y de error, gloria y desecho del universo”.

(...) “Conoce, pues, hombre soberbio, qué paradoja eres tú mismo. Humíllate, razón impotente; calla, naturaleza imbécil; aprended que el hombre sobrepasa infinitamente al hombre, y oíd a vuestro señor que os enseña cuál es vuestra condición verdadera, que ignoráis. Escuchad a Dios”.

(...) “Estos fundamentos, sólidamente establecidos sobre la naturaleza inviolable de la religión, nos dan a conocer que hay dos verdades de fe igualmente constantes; la

una, que el hombre, en estado de creación, o en el de la gracia, ha sido elevado por encima de toda naturaleza, vuelto como semejante a Dios, participante de su divinidad; la otra, que en el estado de corrupción y de pecado, ha decaído a ese estado y se ha vuelto semejante a las bestias. Estas dos proposiciones son igualmente firmes y ciertas”.

Pero lo importante en Pascal, lo que le da un sello propio y original a sus reflexiones, es la subordinación del orden natural de la razón —y recordemos que ésta constituye ontológicamente la situación privilegiada del hombre en la naturaleza, y lo que crea la condición de posibilidad de acceso a lo divino— a una persona histórica y concreta: Jesucristo.

Por lo pronto, Pascal es muy consciente de que la historia del hombre es una historia sagrada; basta ver los análisis que hace del Antiguo Testamento, de las profecías y de las figuras. Sabe muy bien, además, que la verdad cardinal de una teología de la historia es el misterio de la Encarnación, y, por lo tanto, que Jesucristo asume todo el tiempo viejo, el de la naturaleza corrompida, y con él mismo empieza la era de la naturaleza rescatada. Como su concepción antropológica está supeditada a la historia —el pecado original, en efecto, se da en el tiempo, y hasta la misma dimensión atemporal de la razón desfallece y sucumbe en su enfrentamiento con las secuelas de la culpa adánica— no es de extrañar que sea también una realidad histórica —el Verbo encarnado— la condición necesaria de la reconquista de la dignidad perdida y de la creación del nuevo Adán. “El hombre sobrepasa infinitamente al hombre” porque Cristo, al asumir la naturaleza humana, la proyecta hacia la infinitud divina, hacia su propia infinitud divina, en virtud de la sobreabundancia de su amor. (Puede verse aquí, de paso, hasta qué punto Nietzsche, con su teoría del superhombre, ha desacralizado ciertas frases que expresan una de las ideas más importantes de Pascal).

Es Jesucristo tan imprescindible que sin él las posibilidades naturales de dignificación y de superación del hombre quedan paralizadas; el ejercicio de la razón, en efecto, es imposible sin Jesucristo. Dicho todavía de manera más tajante: sin él, la filosofía es un estéril pirronismo; sin él, la teología es una mera especulación abstracta; la psicología, sin él, no tiene punto de referencia para establecer sus categorías tipológicas. Incluso las ciencias mismas de la naturaleza de nada sirven sin Jesucristo, porque en el “tiempo de aflicción” —en el de las ultimidades y de las situaciones-límites, diríamos hoy— la ciencia

de las cosas exteriores “no me consolará de la ignorancia de la moral” (196); el *rerum cognoscere causas*, en que Virgilio cifraba la felicidad del hombre, no parece suficiente, pues, para alumbrar el ejercicio de la libertad justamente en el tiempo de las ultimitades. No cabe la menor duda de que ésta sea la convicción de Pascal:

729. “No solamente no conocemos a Dios sino por Jesucristo, pero tampoco nos conocemos a nosotros mismos sino por Jesucristo. No conocemos la vida ni la muerte, sino por Jesucristo. Fuera de Jesucristo, no sabemos ni lo que es nuestra vida, ni nuestra muerte, ni Dios, ni nosotros mismos. Así, sin la Escritura, que no tiene más que a Jesucristo por objeto, no conocemos nada, y no vemos más que obscuridad y confusión en la naturaleza de Dios y en nuestra propia naturaleza”.

Una de las consecuencias de la condición itinerante del hombre es el sentimiento de la finitud, que engendra a menudo esos estados de angustia e inseguridad propios del *homo viator*. Las neurosis individuales y colectivas, muy frecuentes sobre todo en las crisis históricas, son un ejemplo patético del poder nadificante de la inseguridad; desde luego, si ésta es asumida por la conciencia y, a la vez, supeditada a cierta realidad espiritual proyectada teleológicamente como un bien, entonces deja de ser estéril y fructifica en obras de insospechada grandeza. No sólo por constitución física y psicológica, sino aun por su peculiar talante intelectual, Pascal sintió como pocos la angustia de la soledad; ¿se ha reparado lo suficiente en el hecho de que el momento histórico de la vida de Cristo más intensamente pensado por Pascal sea la agonía del Huerto, esto es, el paradigma sustancial de los desfallecimientos, de los terrores, de las inseguridades y de los desequilibrios del hombre? Pues bien, Jesucristo aparece no sólo como el principio del recto ejercicio natural de la razón, y como su perfeccionamiento, sino además como el sostén de la condición agónica; dicho de otra manera, si el acto del pensamiento —en Pascal— tiene en Jesucristo la causa de su posibilidad de verdad, también en El la obnubilación de la razón y la angustia tienen un principio de paz. En este sentido, es célebre el final del espléndido Pensamiento 736: “Tú no me buscarías, si no me poseyeras. No te inquiete, pues nada”.

La decisión pascaliana a favor de Jesucristo está prefigurada en otras decisiones que aparecen a lo largo de los *Pensamientos*, y que surgen con motivo de alternativas diversas. Entre tantos adjetivos que

pueden predicarse de la filosofía de Pascal (¡siempre y cuando se admita que su reflexión constituye una filosofía en sentido propio!), uno de los más esclarecedores sería, a mi juicio, el de “pendular”. La filosofía de Pascal, efectivamente, es pendular; recuérdese la teoría de lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, la del espíritu de finura y del espíritu de geometría, la de la miseria y la grandeza del hombre, la de la claridad de las prefiguraciones testamentarias y el misterio de la Redención, etc. Este carácter alternativo del pensamiento pascaliano —muy patente también en Kant— no implica necesariamente opciones de tipo exclusivo; por el contrario, las realidades alternativas se complementan, se perfeccionan mutuamente. El espíritu de geometría, por ejemplo, que razona correctamente, con rectitud y justeza, adecuándose a las reglas de inferencia, es sin embargo poco sutil y hasta miope cuando se interna en el dominio de los principios; el espíritu de finura, justamente porque posee la “vista buena”, complementa al de geometría, en la medida que se mueve con perspicacia y profundidad en el nivel especulativo de los principios. Pues bien, la decisión pascaliana a favor de Jesucristo se plantea ya en el primer movimiento pendular de los *Pensamientos*:

1. *Orden*. Los hombres desprecian la religión; le tienen odio, y miedo de que sea verdad. Para curar esto es preciso comenzar por probar que la religión no es contraria a la razón”.

4. “Si se somete todo a la razón, nuestra religión no tendrá nada de misterio ni de sobrenatural. Si se choca contra los principios de la razón, nuestra religión sería absurda y ridícula”.

En síntesis, los dos excesos que hay que evitar: “excluir la razón, no admitir sino la razón”, y que habían preocupado ya a la Escolástica —recuérdese el “fides quaerens intellectum” de San Anselmo— reciben en Pascal una solución significativa: uno de los espíritus más racionalistas de la historia moderna, un filósofo penetrante y sutil, un científico de extraordinaria capacidad abstractiva e inferencial, una inteligencia técnica capaz de plantearse, ya en siglo XVIII, las posibilidades de las máquinas y de originar la cibernética, afirma rotundamente la importancia cardinal de Jesucristo —una persona concreta, histórica, aunque divina— en la vida del pensamiento. Se me ocurre con esto, que Pascal constituye así una especie de modelo no sólo de la vida cristiana, sino particularmente de la conciencia cristiana preocupada por el saber científico. Por cierto, tal conciencia, en

la medida que trasciende los linderos de la razón, aparece como un "escándalo para la razón encerrada en sí misma". Pero, posiblemente, no lo es para una inteligencia fiel a una de sus exigencias intrínsecas: la de estar siempre abierta y disponible para encontrar una respuesta a sus propias limitaciones, a sus desfallecimientos y a sus errores.

JORGE E. SALTOR.